

Núm. 58.



## LA RENEGADA DE VALLADOLID.

### PRIMERA PARTE

DE LA MARAVILLOSA HISTORIA, QUE SE CONTIENE en este gustoso tratado, que declara, como una muger natural de Valladolid, llamada Agueda de Azevedo, siendo cautiva cuando se perdió Buxia, negó la ley de Dios nuestro Señor, y se casó con un Moro, habiendo vivido 27 años en la secta de Mahoma.

DECLARASE COMO DIOS LE ENVIO UN HERMANO SUYO SACERDOTE, que le sirvió tres años de esclavo, sin conocerse, y al cabo de este tiempo, por una conversacion que tuvieron, se conocieron los dos hermano, y hermana, llorando ambos de contento.

Desde poniente á levante,  
hasta el mismo septentrion,

con alta voz retumbante,  
es cosa justa se cante



tal caso de admiracion.  
 Es caso dulce, y sabroso,  
 aun mas dulce que la miel,  
 aunque el principio espantoso,  
 muy terrible, y temeroso,  
 mas amargo que la hiel.  
 Y para poder decir  
 este caso de dulzor,  
 sin discrepar ni mentir,  
 es necesario pedir  
 favor á nuestro Señor.  
 Al cual pido humildemente,  
 como Padre Celestial,  
 que Dulcísimo y Clemente,  
 guie mi sentido, y mente,  
 para en todo bien hablar.

*Comienza la Obra.*

En Valladolid vivia  
 una Dama muy hermosa,  
 dotada en sabiduría,  
 y su padre la tenia  
 bien ataviada, y briosas.  
 Esta tenia un hermano  
 en gramática sapiente,  
 en servir á Dios muy sano:  
 aunque jóven, buen Cristiano,  
 siervo del Omnipotente.  
 En Salamanca aprendió  
 el mancebo Teologia;  
 y á Valladolid llegó  
 un Capitan, que envió  
 nuestro Rey para Buxia.  
 El Capitan se hospedó  
 enfrente de la Doncella;

y una mañana la vió,  
 y así como la miró  
 se encendió en amores della.  
 El Capitan le enviaba  
 muchos villetes, y cosas,  
 que nadie lo barruntaba,  
 y tambien le presentaba  
 ropas, y joyas costosas.  
 La Doncella le rogó,  
 que en tal cosa no pensase,  
 y las joyas le envió,  
 y mucho le suplicó,  
 que sus puertas no rondase.  
 Que es Doncella muy honrada,  
 de buen linage, y parientes,  
 y que será maltratada  
 de su padre, deshonorada,  
 y afrentada de las gentes.  
 El Capitan encendido  
 en esta hermosa Doncella,  
 de sus amores herido,  
 promete ser su marido,  
 y de casarse con ella.  
 La Doncella concedió,  
 con tal que con ella case,  
 y una noche la sacó,  
 y á Peñafiel la llevó,  
 sin que nadie lo pensase.  
 A Buxia la llevó,  
 gozando de su hermosura:  
 mas su placer no duró,  
 que presto le derribó,  
 la fortuna su ventura.  
 Y es, que los Moros cercaron  
 á Buxia con presteza,  
 y á la fuerza se entregaron,



y entre los presos hallaron  
 esta Dama de lindeza.  
 Y como un Baxá la vió  
 hermosa, moza y dispuesta,  
 á ella se aficionó,  
 y para sí la admitió,  
 como la vió tan honesta.  
 Luego la metió en la mar,  
 y á su tierra la llevó,  
 vivia en la ciudad de Ymar,  
 y antes de desembarcar  
 de amores la requirió.  
 Y no la pudo vencer,  
 por mas que la importunaba,  
 ella dice: Has de saber,  
 que nunca me has de ofender,  
 aunque yo sea tu esclava.  
 Basta mi terrible pena,  
 y larguísima prision,  
 que desde hoy se me ordena,  
 sujeta á tu cadena,  
 y ausente de mi nacion.  
 El Moro la regalaba,  
 dándole buenas comidas,  
 y á su mesa la sentaba,  
 y de amores la trataba  
 con palabras muy sentidas.  
 Dijole un dia negase  
 á Cristo, Sacro, Agnus Dei,  
 y que Mora se tornase,  
 y que con él se casase,  
 pues es tan buena su ley.  
 Que mas vale, que reciba  
 toda la ley mahometana,  
 y en descanso, y bienes viva,  
 que no verse así cautiva,

y en tierra agena, y estraña.  
 Con juventud, y riqueza  
 renegó de aquel tesoro  
 de la alta, y Divina Alteza,  
 sin temor, y sin pereza,  
 y se casó con el Moro.  
 Veinte y seis años estuvo  
 metida en la mala secta:  
 Del Moro dos hijos tuvo,  
 y su mala ley sostuvo  
 como infernal Mahometa.  
 Vivía tan apartada  
 de Cristo, de sus tesoros,  
 como si fuera engendrada,  
 nacida, y tambien criada  
 continuó en tierra de moros.  
 Y como el Juez Soberano  
 se puso en la Cruz por todos,  
 dando remedio al Cristiano,  
 un Sacerdote su hermano,  
 le envió por santos modos.  
 Y es, que el Clérigo venia  
 de Roma de negociar,  
 con otros en compañía,  
 y en alta mar se metia,  
 comenzando á navegar.  
 Diez galeras le salieron  
 de Moros, por buena cuenta,  
 grande cerco le pusieron,  
 y el Navio le rindieron,  
 y cautivaron noventa.  
 El Clérigo fue llevado  
 á la fuerza de Moron,  
 de ropas desvalijado,  
 y fue puesto en el mercado,  
 donde se vendió á pregon.



El marido de la hermana,  
 que era su cuñado el Moro,  
 le compró aquella mañana,  
 y pagó de buena gana  
 por él cien zequies de oro.  
 El Moro no conoció  
 el esclavo que compraba,  
 y una cadena le echó,  
 y á su muger lo llevò,  
 sin saber lo que llevaba.  
 Habiendo Jesus juntado  
 los dos que bien se querian,  
 hermana, y hermano amado,  
 muchas veces se han mirado,  
 pero no se conocian.  
 Ni ella conocia á él,  
 ni él á su hermana mayor;  
 dábale vida cruel,  
 como renegada infiel,  
 que negára á su Señor.  
 Tres años, y ciertos dias  
 sirvió el Clérigo á su hermana,  
 sufriendo mil perrerias,  
 hasta que el sacro Mesias  
 les abrió la senda llana.  
 Y es que el Clérigo con celo  
 invocaba cada dia  
 á la alta Reina del Cielo,  
 y rezaba por consuelo  
 el Rosario de María.  
 Una noche lo acechaba  
 la hermana, por ver qué hacia,  
 y vido como rezaba,  
 y con devocion llamaba  
 á la gloriosa Maria.  
 En el año de sesenta

y nueve, con gran recreo,  
 víspera de San Mateo,  
 de España le pide cuenta  
 con entrañable deseo.  
 Y dijo: Dime quien eres?  
 Responde, no estés turbado:  
 tienes en tu tierra haberes?  
 Que si los tienes, y quieres,  
 bien puedes ser libertado.  
 Eres casado, mezquino?  
 Tienes hijos y muger?  
 Respondió: Con Dios Divino  
 soy desposado (aunque indigno)  
 en él pongo mi querer.  
 Y la gloriosa Maria  
 es mi linda enamorada.  
 La Renegada decia:  
 Déjate de esa porfia,  
 que tu ley no vale nada.  
 El buen Clérigo calló,  
 como se vió en tierra estraña,  
 y otra vez le preguntó,  
 que cual oficio aprendió,  
 y de dónde era de España?  
 Respondió muy liberal,  
 no con placeres, ni risa:  
 Es mi oficio Celestial,  
 y para mejor obrar  
 fuí ordenado de Misa.  
 Cada vez que Misa digo,  
 se baja Dios á mis manos,  
 es de sus Siervos amigo,  
 y sustento, Pan, y abrigo  
 es de todo fiel Cristiano.  
 Dijo la hermana: Ese oficio;  
 en tu tierra es estimado;



y él dijo: Es ejercicio,  
 que destierra todo vicio,  
 oficio el mas elevado.  
 Razon tienes de alabarle,  
 y tambien te hago saber,  
 que bien puedes olvidarle,  
 que no volverás á usarle,  
 si no te han de socorrer.  
 En qué Villa, ó qué Ciudad,  
 ó en qué tierra eres nacido?  
 No me niegues la verdad.  
 Respondió con humildad,  
 harto triste, y afligido:  
 Déjame (triste de mí!)  
 con mi pena, y mi pasion,  
 que no sé dónde nací;  
 basta que me vea aquí  
 sujeto á vuestra prision:  
 Yo no puedo celebrar  
 el Cuerpo de mi Señor.  
 Dijo ella, sin tardar:  
 No me lo quieras negar,  
 de dõnde eres, por mi amor:  
 Que yó en España nací,  
 aunque me ves aquí ahora.  
 Diez años, por cierto, fui  
 cautiva en Valladolid  
 de una muy rica Señora.  
 Pues como el Clérigo oyó  
 su buena tierra nombrar,  
 él sus mejillas regó  
 con lágrimas que vertió,  
 y comenzó á suspirar.  
 Diciendo: Has redoblado  
 mi dolor grave, y crecido,  
 que la tierra que has nombrado,

es do soy Beneficiado,  
 tambien criado, y nacido.  
 Comenzó de consolarle,  
 y aplacarle llanto, y lid,  
 y tornó á preguntarle,  
 que le dijese en qué calle  
 vivia en Valladolid?  
 Respondióle, con dolor,  
 harto triste y con zozobra:  
 Vive mi padre y Señor  
 junto á la Iglesia mayor,  
 en la calle de la Obra.  
 Conoces á los Rosales,  
 gente rica, y principal?  
 Dijo: Ya doblas mis males,  
 que esos son mis tios carnales,  
 y no saben de mi mal.  
 La Renegada que vió  
 las buenas señas que daba,  
 al hermano conoció,  
 y aunque lo disimuló,  
 el corazon le temblaba.  
 No hay contento que le cuadre,  
 mas que ver su buen hermano,  
 y dijo: Dime, tu padre  
 como se llama, y tu madre,  
 y tu nombre dime llano?  
 Llámase Juan de Azevedo,  
 mi buen padre, y mi Señor,  
 y mi madre Leonor,  
 por sobre nombre Salcedo;  
 y yo me llamo Melchor.  
 Una hermana has de tener  
 harto galana, y hermosa,  
 que la llegué á conocer:  
 di, Melchor, qué se fué á hacer.



es casada, ó Religiosa?  
 El Clérigo respondió,  
 diciendo: Se fue perdida,  
 á padre y madre negó,  
 no saben quien la llevó,  
 ni á qué provincia es ida.  
 Como la hermana notaba  
 su perdicion y maldad,  
 al punto se desmayaba;  
 y el hermano bien pensaba  
 fuese alguna enfermedad.  
 El Moro no estaba allí,  
 que con sus hijos fue á caza,  
 que Dios lo permitió así;  
 y despues que volvió en sí,  
 á su buen hermano abraza.  
 El hermano se apartaba,  
 porque no la conocia,  
 y la hermana lo abrazaba,  
 y llorando lo besaba,  
 y suspirando decia:  
 Abraza la desdichada  
 de Agueda de Azevedo,  
 la perdida y desastrada,  
 yo soy tu hermana cuitada,  
 que de Dios tengo gran miedo.  
 Yo soy tu hermana, que estaba  
 para Monja Religiosa,  
 yo soy de Satán esclava:  
 O buen Jesus! tu me lava,  
 que estoy de cieno lodosa.  
 Veinte y seis años cabales  
 ha, mi Dios, que te negué,  
 y los bienes celestiales  
 dejé por los temporales,  
 do mi alma encenagué.

Las ropas de terciopelo,  
 y de muy fino damasco  
 las arrastra por el suelo;  
 ya se vuelve á Dios del Cielo,  
 y al mundo le pone asco.  
 La oveja que era perdida  
 ya se vuelve á su Pastor:  
 y la que era despedida,  
 le duele su gran caida,  
 y ofensa que hizo al Señor.  
 Decia: Rey eternal,  
 yo te bendigo, y alabo,  
 que por restaurar mi mal,  
 mi propio hermano carnal  
 me enviaste por esclavo.  
 Y fue para que entendiese,  
 que mi alma iba perdida,  
 y mis pecados gimiese,  
 y á tí, Señor, me volviese  
 á gustar tu Pan de vida.  
 El Clérigo como viò  
 que era su hermana carnal,  
 á Dios muchas gracias dió.  
 y de rodillas se hincó,  
 diciendo: Rey celestial,  
 pues tomaste carne humana  
 por todos los pecadores,  
 Señor, perdona á mi hermana,  
 que desea verse sana,  
 por tornar á tus amores.  
 Dos mozas que en casa habia  
 eran idas á labar;  
 los hijos en compañía  
 del padre, que al tercer dia  
 han de venir de cazar.  
 El Clérigo confortaba



á su hermana, y la tenia,  
que con un canto se daba;  
y el pecho se lastimaba,  
y de sí no se dolia.  
Clamando dice: Do iré  
á publicar mis pecados?  
á quién me descubriré?  
Buen Jesus, perdóname  
mis graves yerros pasados.  
Mi anima pecadora  
presento en tus santas manos,  
decia: Virgen, Señora,  
sed mi guarda, y defensora  
hasta tierra de cristianos.  
Plegue á Dios, Virgen Maria,  
mi alma goce el salario,  
que antes gozar solia,  
quando rezé cada dia  
vuestra Corona, ó Rosario.  
El dia que lo rezaba  
ganaba cien mil tesoros,  
y mi alma consolaba,  
y ahora la tengo esclava,  
cautiva en poder de Moros.  
Alma mia, la cura, y prez,  
que os dieron en el Bautismo,  
vuestra hermosura, y su tez,  
mas negra está que la pez,  
caminando hácia el abismo.  
El apetito carnal  
os sacó, anima mia,  
del Colegio Angelical,  
y os puso pasto mortal,  
dándoos pena noche y dia,  
quiso Dios fuese elegido  
muy lejos de aquella tierra,

7  
por Capitan su marido,  
del Rey Marfuz prometido,  
para ir á cierta guerra.  
Sus hijos llevó con él,  
que eran de muy buena edad;  
permitió su Magestad,  
que un hijo de un Mercader  
estaba en cautividad.  
Viniéronle á rescatar,  
y Agueda tuvo modos  
para poderles hablar,  
y dióles para sacar  
pasaporte para todos.  
El pasaporte ordenado  
hizo una carta postiza  
como que se la ha enviado  
su Suegra, y que la ha llainado  
de la Ciudad de Alembiza,  
diciendo estaba doliente,  
y fatigada en su lecho:  
Agueda muy sábiamente  
le dá á leer á la gente,  
por disimular el hecho.  
Todos cuatro juntos fueron  
hasta la Ciudad de Roma;  
y nunca ir los sintieron,  
ni perseguidos se vieron  
de la gente de Mahoma.  
Estando en Roma, decia  
Agueda la convertida:  
Este pasto es de alegria,  
ablandaos anima mia,  
que estais muy endurecida.  
Siendo ante el Papa humillada,  
dijo: Padre espiritual,  
lavadme, que estoy dañada,



y me he visto abarancada  
 en un hondo cenagal.  
 Pues he visto tu presencia,  
 tu, como Padre sagrado,  
 derrama en mí tu clemencia,  
 y dame la penitencia  
 conforme á mi gran pecado.  
 Agueda reconcilió,  
 y recibió nueva vida  
 despues que se confesó,  
 y el Redentor la dejó

en el corazon herida.  
 Quiera Jesucristo, hermanos,  
 que limpiemos la conciencia,  
 y con pensamientos sanos  
 sirvamos como Cristianos  
 á la Divina potencia:  
 para que regoeijados  
 con santa fiesta lo estén,  
 y vivamos descansados  
 con los Bienaventurados,  
 por siempre jamas. Amen.

**FIN.**

SEVILLA:  
 Imprenta de la Viuda de Caro.  
 1842.